

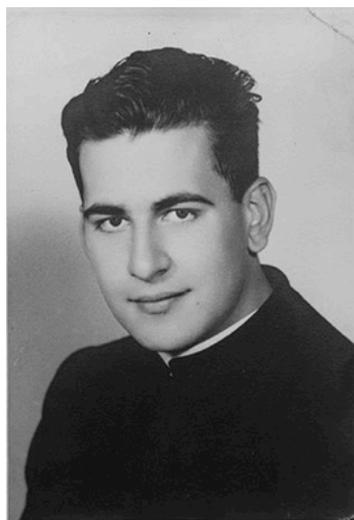
Reseña

Luis Alberto Álvarez o el mapa de nuestro paisaje cinematográfico

“Nuestro país ha carecido siempre de una política, de una filosofía de los medios. Lo máximo que ha habido en este campo son actitudes moralizantes o de censura, o actitudes retóricas, con frecuencia dirigidas hacia los objetos que menos atención o discusión merecían.” p.110, Páginas de cine, v.2.

Me veo atravesando el Parque Bolívar de Medellín, solo, al atardecer de un viernes, para ir a ver una película de cine que Luis Alberto Álvarez presentaba en un salón improvisado del Instituto Goethe, donde él enseñaba alemán. Al cura Álvarez hasta ese día yo no lo había visto, pero sí había disfrutado con muchas de sus Páginas de Cine que todos los domingos publicaba en la última hoja del periódico El Colombiano. En aquellos días de universidad, no era raro encontrar carpetas que nos prestábamos entre amigos, con una recopilación de ellas.

a comprender, como acontecimiento cultural ciudadano por excelencia, el cine que pasaba por nuestros ojos. De esta manera este Maestro asumía su misión social: poner a disposición de cualquier espectador un diálogo acerca de una obra vista de antemano. (Más tarde la Editorial de la U. de A. publicaría esa “pro memoria”, constituyendo el curso de cine más completo que se haya escrito sobre ese paisaje cinematográfico colombiano y mundial del último cuarto del siglo XX).



Luis Alberto Álvarez a sus 18 años, 1963.



Luis Alberto retratado por Flor María Bouhot en 1983.

Leídos con fervor, a veces con el apasionamiento de las ideas, sus escritos, programas de radio y conferencias, fueron una guía que nos llamaba a releer como obra de arte y

Ahora lo veía allí, sentado con su figura inmensa (“Señor, ¿usted es un hombre o un gigante?” le preguntó una vez un niño, pues todo lo que cogía resultaba diminuto en sus ma-

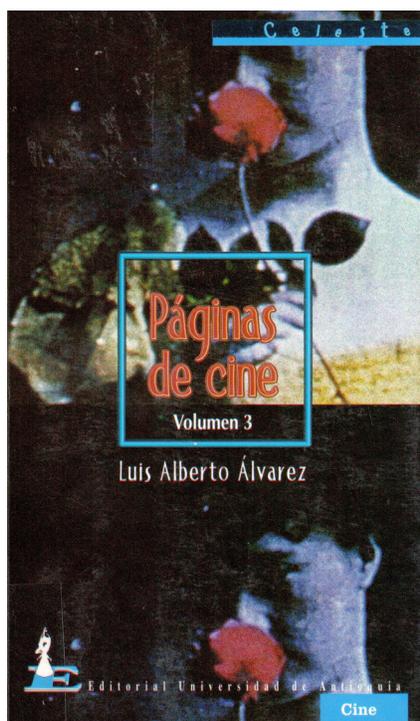
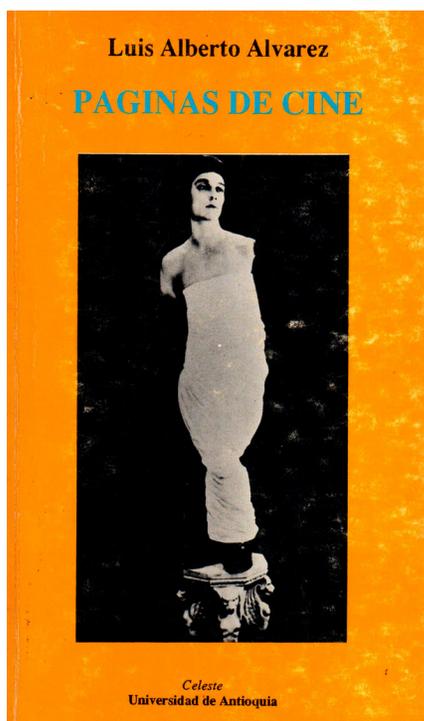
nos: un libro, una libreta de apuntes, un helado) y una voz a media lengua, hablando del Nuevo Cine Alemán: Herzov, Wenders, Fassbinder... Y luego el sonido de un proyector en 16 milímetros, manejado por él mismo. (Así como yo había conocido en mi infancia la magia del chorro de luz, primero en las afueras de la iglesia del barrio y luego en el colegio de monjas).

Allí, y a través de Víctor Gaviaria, lo conocí. Luego vinieron las conversaciones amenas en su casa de Villa con San Juan, acompañadas casi siempre de la música de Mozart y la ópera, sus otras pasiones. Y ser su asistente de sonido, sosteniendo la improvisada percha del micrófono, en “La lupa del fin del mundo”,

de Víctor, por los corredores del colegio San Ignacio.

La última vez que me lo encontré, antes de la operación de su corazón, fue en el Pequeño Teatro en el estreno de una ópera realizada por profesores y estudiantes de la Facultad de Artes de la U. de A. Me sorprendió. Era otro. Muy delgado: el cuerpo, la cara.

No asistí a su entierro. Pero allí estuvieron mis amigos. Prefiero creer que por ahí está, ligero como el aire, sentado en una butaca en la oscuridad de un teatro mirando en silencio una película, invisible como el personaje de su historia, El niño invisible, su único cortometraje en cine.



RUBÉN DARÍO LOTERO: Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Profesor de Historia de la Pedagogía en Colombia y de lengua castellana en diversos colegios de Medellín y en la Universidad de Antioquia. Entre sus publicaciones se encuentran *Poemas para leer en el bus* (Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1991), *Historias de la calle* (Crónicas, Corporación Región, 1991) y *Camino a casa* (poesía, Colección Autores Antioqueños, 2003).